

# NUEVAS FORMAS TUMULARES NEOLÍTICAS EN EL MONTE AREO. EXCAVACIONES DE 1995 A 1997

Miguel A. de Blas Cortina

## I. INTRODUCCIÓN

Las excavaciones, en tres campañas estivales, trataron la indagación de túmulos de los cuales dos aportaron tipos hasta ahora inéditos que en forma, uso e incluso cronología, vienen a enriquecer la diversidad de las arquitecturas funerarias y simbólicas neolíticas.

Los resultados globales de las tareas extendidas entre 1991 y 1977, con el estudio de seis túmulos y de dos estructuras peritumulares, muestran una vez más cuán lejos quedan de la rutina los resultados. Solamente la excavación de cada arquitectura abre las puertas a un medio arqueológico en el que la sencillez de lo preservado no es sinónima de homogeneidad estructural. Por el contrario, en atributos y, por tanto, en interpretaciones, la confirmación del multimorfismo tumular deja entrever percepciones contrastadas del procedimiento funerario. Las situaciones de contemporaneidad en unos casos, de clara diacronía en otros, alumbran además la hipótesis de la erección de túmulos ya en etapas premegalíticas. Las rarezas tipológicas, vistas en concreto en MA V (excavado en 1995-96) y MA XII (en 1997), ilustran lo enunciado.

## II. LAS ARQUITECTURAS INVESTIGADAS

### A. El Túmulo MA V (1995-1996) [fig. 1 y 2]

A una treintena de metros al norte del megalito MA VI excavado en 1991 (de Blas 1995, c) se presentaba como un montículo de base considerable, circular, estimada en 20 m sobre el diámetro E-W y de 19 m sobre su perpendicular el N-S. La altura máxima con respecto al suelo actual oscilaba entre 1,60 y 1,00 m. Externamente mostraba un relativo buen estado, tocado en su borde NE por una vieja zanja de deslinde de parcelas.

La disección de la estructura fue practicada partiendo de la apertura de dos amplios cortes perpendiculares y diametrales, que sobre el eje N-S superaba los 9 m. de largo, además de otras áreas de comprobación de la estructura y de algún sondeo periférico. La prosecución del trabajo en profundidad permitió descender a -2,30 m con respecto al punto más alto del montículo. Fue alcanzada esa profundidad en las cuadrículas que se correspondían con el centro geométrico del monumento.

En la excavación hubo que afrontar fenómenos singulares que limitaban la interpretación de su naturaleza. Acaso el más llamativo fuera el debido a la resedimentación, adoptando la masa arenosa acumulada un aspecto compacto, casi de roca intacta, tras los procesos físico-químicos posteriores

a la erección del túmulo. Un fenómeno de esa naturaleza es comprensible en sedimentos silíceos, muy finos, provenientes de la propia explotación del solum local, lo que indirectamente informa sobre los modos de captación de la materia prima utilizada por los constructores prehistóricos.

Se distinguen, en consecuencia, tres episodios en la constitución de la arquitectura:

1). Una primera etapa nuclear de sedimentos silíceos cuya masa tiene todavía 1,40 m. de potencia en el centro del túmulo. Se apoya el relleno en un ligero horizonte orgánico que corona el *solum* de arenas, también silíceas, debidas a la alteración de las cuarcitas del substrato.

2). Recubriendo el borde de ese primer montículo se dispone en su borde meridional, con sus extremos en los rumbos S.SW-S-E, una capa de piedras en cascada. El carácter exclusivo y, en consecuencia, asimétrico de este pseudomuro se confirma por la absoluta ausencia de materiales pétreos en lo excavado del sector opuesto. El desarrollo en profundidad de esa sucesión de bloques se produce desde la cumbre del túmulo hasta su base.

3). Finalmente, nuevos sedimentos conforman la morfología última tumular en su periferia sur.

La distinción temporal, relativa, entre los episodios desglosados quedaría igualmente de manifiesto por la clara presencia de vestigios de una gran hoguera al exterior del paramento, en su base, encendida después, al menos, de que se hubieran erigido sus primeras hiladas.

MA V no fue un megalito convencional; su excavación permite afirmar que jamás dispuso de una cámara pétreo. De haber existido originalmente un espacio arquitectónico central, netamente diferenciado del resto de la masa tumular, no habría alcanzado más que unas dimensiones minúsculas; de una constitución material, además, que favoreciera, en caso de saqueo, su completa destrucción. Sin embargo, tal hipotético espacio resulta imposible dada la buena conservación de gran parte de la arquitectura, especialmente en sus tramos bajos y centrales. Sería, en cualquier caso, una posibilidad carente de indicios observados: ni bloques pétreos, aún pequeños, calzos o restos de cimentación como zanjas, apreciarían tales observaciones especial solidez cuando el *solum* silíceo reúne condiciones ideales para la preservación de improntas y para la distinción de sedimentos de distinta naturaleza.

#### *El paramento pétreo y la estructura de combustión.*

La presencia, en apariencia, arbitraria estructura mural, no detectada sobre los sectores restantes, pudieramos interpretarla como una delimitación expresa del ámbito interno del túmulo, justamente orientada a levante. Recordemos que es ese el rumbo que en los túmulos MA VI y MA XV corres-

ponde al acceso a las cámaras; más expresivamente, es allí donde en MA XV se ubica el pórtico o vestíbulo.

No parece, tras el contraste anotado, que en arquitecturas que siguen una neta reglamentación estructural sea el citado cuerpo pétreo un simple capricho, obra independiente de una expresa función que no pudo ser constructiva y que debe, razonablemente, remitirse al ámbito de las pautas culturales.

Una vez visible tras la retirada del sedimento que lo recubría se muestra como un dispositivo pétreo bien ordenado pese a su apariencia descuidada, hecho a base de bloques de cuarcita con formas próximas al paralelepípedo, cuyas dimensiones oscilan entre 0,30 y 0,40 m y aún más, de largo, mientras que la altura del conjunto rebasaba los 1,50 m. Más clara resultó la sólida trabazón del mismo al ser finalmente desmontado, bloque a bloque, sin que en su base se apreciara estructura soterrada alguna.

El *gran hogar u hoguera*, localizado en contacto con la base del contrafuerte, adoptaba una planta pseudocircular de dimensiones considerables: 1,60 m. por 1,30 m, constituyendo una masa carbonosa y cenicienta, compacta, de un grosor entre 30 y 55 mm. En el interior se descubrían algunos nódulos de ocre rojo, apuntando el probable uso de colorantes tan frecuentemente asociados a contextos sepulcrales. La homogeneidad del hogar sólo se veía quebrada por la presencia de un hoyo circular que entendemos como debido al encaje de un poste u otro elemento corruptible.

#### B. El Túmulo MA XII (1997) [fig. 3, 4 y 5]

Entre los del sector de El LLanu, en cotas de 260 m constituyendo los pequeños agrupamientos monumentales en que se organiza el territorio funerario, se cuentan los túmulos que denominamos MA XI y XII. Ambos están próximos al Camino Real de Candás sitios a unos 600 m. al E. del agrupamiento ya investigado de MA XV y MA XVI.

Un vez visible el montículo artificial de MA XII se pudo obtener una imagen cierta de su entidad: 21 m en el diámetro N-S y 24 m en el E-O por una altura oscilante por encima del entorno inmediato de 1,00-1,20 m, con un aplanamiento superior inscribiendo una ligera depresión de superficie circular de 6,40 m de diámetro O-E y 5,80 m en el N-S; el recuerdo, una vez más, de la actividad inmemorial de los buscadores de *ayalgas*. Sobre una planta conservada de más de 400 m<sup>2</sup>, se planteó, progresivamente, la apertura de varios sectores de trabajo en disposición cruciforme con el brazo mayor sobre el eje SE-NO, con tres testigos intermedios de 0,50 m de anchura cada uno, determinando un tramo de 11 m de longitud por 9 m en el diámetro perpendicular SO-NE. Dado el volumen, se comprenderá que la localización central de lo excavado significa también la actuación en

la mayor masa del túmulo, con espesores a menudo superiores al metro.

Básicamente se compone de aportes sedimentarios de naturaleza limo-arenosa semejantes a los que se pueden obtener en su entorno. En diferentes sectores el sedimento es gris negro, en parte por el aporte de madera carbonizada cuyo origen señalaremos; también por una cierta podsolización del mismo. En los frentes estratigráficos bien dibujados de los sectores abiertos sobre los diámetros centro-SE y centro-SO se apreciaban manchones irregulares de color negro, a veces ordenados con un cierto ritmo y que responden a la transformación del tapiz vegetal incorporado al túmulo con la tierra de relleno del mismo. Explica esta observación el arranque del suelo de entonces con su cobertera de hierba, proceder que ya habíamos visto en otros yacimientos (Piedrafita IV, túmulos de la Cobertoria, etc).

No fue detectada, tampoco aquí, huella alguna de una cámara ostostática, de modo que, en principio se nos ofrece el monumento como un montículo edificado sobre un solum homogéneo formado, como en los espacios vecinos, por una superficie de plaquetas y cantos angulosos de cuarcita empujados en una masa arcillosa amarillenta y de considerable plasticidad. Los cantos, su dispersión y grado de alteración, responden a los que es el solum habitual en las planicies de arrasamiento superiores del monte. Nada hay, como una lectura apresurada pudiera entender, de una plataforma de edificación antrópica.

Solamente en ese plano basal fueron identificadsos varios elementos de interés: cuatro hoyos circulares excavados en el suelo, junto con una pequeña zanja rectangular.

La agrupación de tales orificios puede parecer poco expresiva. El más neto y de mayores dimensiones conservaba en su interior un fragmento de madera. Su posición central en la planta del túmulo parece segura. Dos metros al NE se localizan hoyos menores, pero muy explícitos, penetrando en el solum y describiendo oquedades profundas de forma cónica, aparentemente serían también huecos para la fijación de delgados postes de madera. Una solución semejante parece la adecuada al hoyo principal que bien pudiera haber servido para cimentar un madero de 25 ó más centímetros de radio.

Aportaba lo observado una novedad a Monte Areo: la verosímil existencia de un túmulo recubriendo una estructura de madera basada en pies derechos; ¿acaso algo semejante a una sumaria cabaña? Lo curioso del planteamiento reside en que esta especulación fue previa a la excavación completa del sector abierto al NO del agujero mayor, allí donde, tras un testigo de sólo 0,50 m. de ancho, se produjo el hallazgo de un poste de madera tumbado sobre el suelo del monumento.

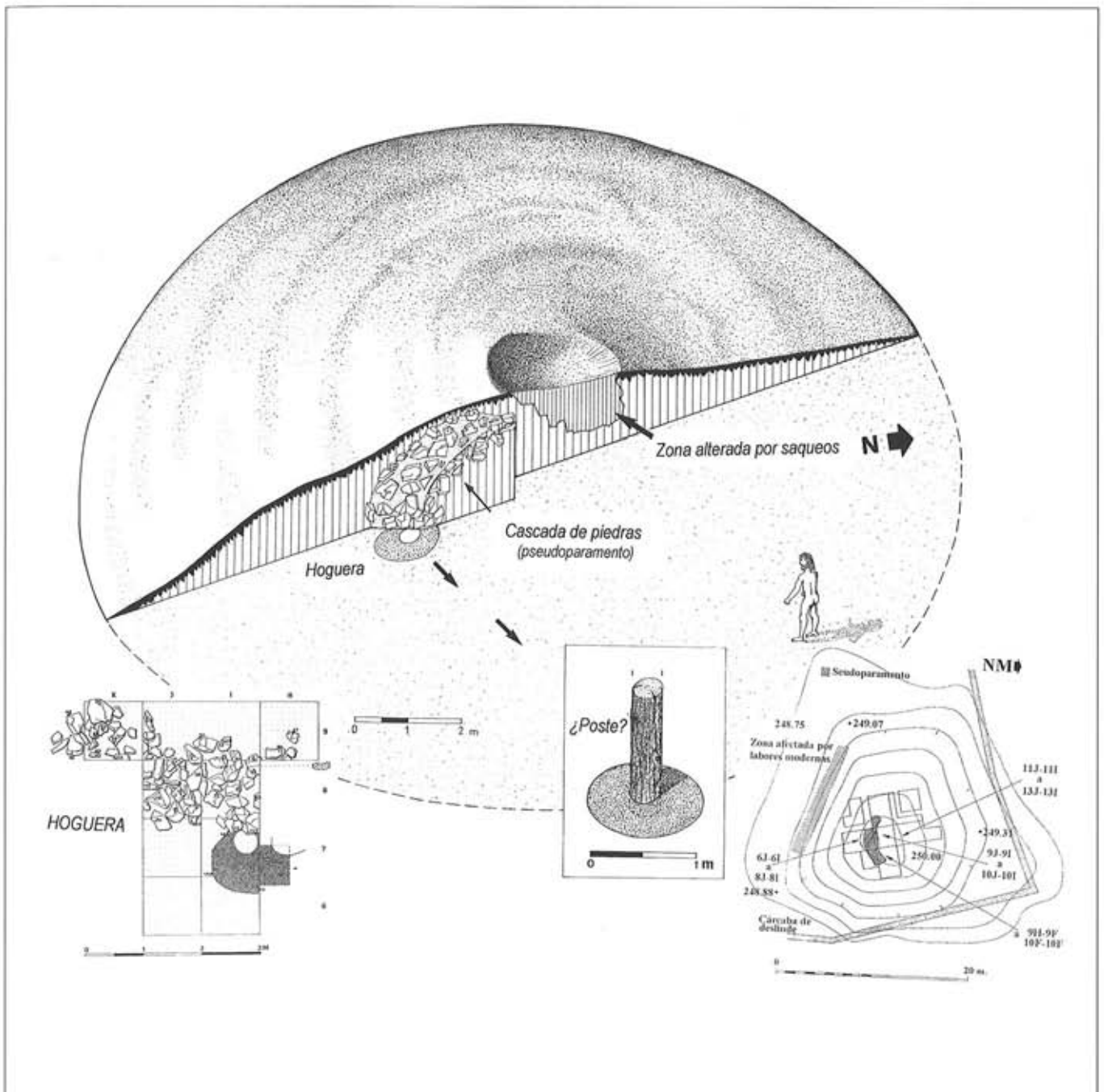


Fig. 1.- Tumor MA V. Axonometría con la posición del pseudoparamento y de la hoguera. Detalle de esta última con el hoyo de supuesta implantación de un poste u otro material combustible, y topografía con los sectores excavados (dibujo de M. A. de Blas; L. Martínez Lorenzo y C. Arca).



Fig. 2.- Túmulo MA V: hoguera, hoyo circular en la misma y bloques basales del pseudoparamento.

Así pues, la masa aparentemente compacta del tronco, aislada en la excavación y recuperada en parte en un bloque compacto, dibujaba la forma de un poste que materialmente se hallaba desintegrado. En realidad se ofrecía como una masa de plaquetas de madera carbonizada, ubicadas en su posición original en el leño, aunque desconectadas entre sí por la penetración de sedimento y piedras.

Aún otro resto lígneo se hallaba en posición transversal, apuntando hacia el hoyo comentado; un tronco más corto y delgado que, lamentablemente, se hallaba en gran parte afectado por el cráter de saqueo.

### C. El Túmulo MA XXII (1996) [fig. 6]

Se erige solitario en una sutil elevación (cota 261 de m) sobre el horizonte genérico de la planicie superior de la sierra. Esa situación de aislamiento es poco común en la estructura dominante en el conjunto de los agrupamientos monumentales que integran la estación megalítica.

El volumen tumular se concreta en una superficie de 18-19 m sobre el diámetro E-O, y de unos 22 m sobre su perpendicular N-S, mientras las alturas máximas son de 1,60 a 1,90 m. La excavación enseñaría posteriormente una diferencia de menor altura en el espacio interior del túmulo, confirmando el aprovechamiento de un abombamiento natural del plano de base, conducta ya señalada en los dólmenes MA XV y MA VI.

La estructura se define por la característica acumulación de capas de sedimento arenoso, prácticamente el único material disponible. Esos rasgos estructurales se mantienen del suelo al techo de la arquitectura asegurando el carácter sincrónico de toda la construcción. Sólo en el tramo superior el cambio estratigráfico perceptible se debe a la formación del suelo moderno, constructivo, y a una discreta tendencia a su podsolización.

El paso del suelo original a la estructura se produce de forma sutil, sin horizonte húmico o señales de alteración notables del sustrato, lo que, una vez más, sugiere una limpieza del área de erección de la estructura, acaso con la destrucción del suelo preexistente.

Todo el dispositivo tumular envolvía una estructura cameral que parecía irreconocible. Tal apariencia provenía de una circunstancia después aclarada: la cámara megalítica se había desplomado en su mayoría, cediendo sus ortostatos y cayendo hacia el centro sucesivamente unos encima de los otros, fracturándose algunos para, finalmente, quedar soterrados en el fondo de la estructura.

Podría resumirse lo concluído en los términos que siguen:

-Originalmente MA XXII fue un megalito clásico de cámara poligonal simple con probable apertura lateral en el costado SE. La presencia de un bloque corto tumbado en la imaginada apertura sugiere que fuera este, más bajo y de forma cuadrangular, el posible cierre del único punto por el que la cámara resultaría accesible una vez clausurada superiormente con la cobertera. Se estructuraría el sepulcro con 6 ortostatos en posición de tangencia, encerrando un espacio de planta cuadrangular.

-La cámara quedaría soterrada de la misma forma que se pudo constatar claramente ocurrió en MA VI (área de San Pablo). Fueron recintos camerales ocultos en los que el continente fúnebre era intencionalmente segregado del espacio exterior y por tanto de la observación directa de los procesos postmortem.

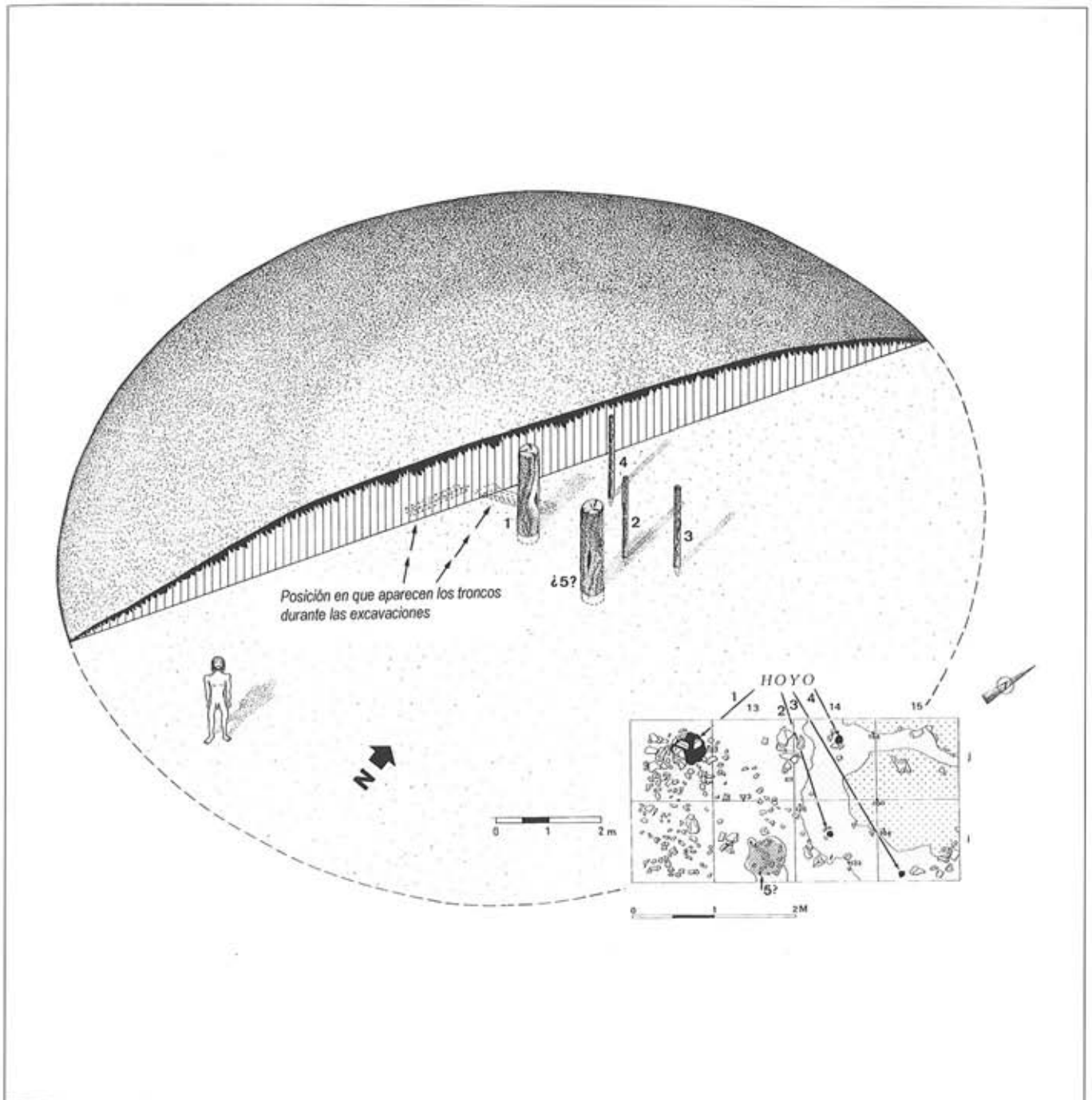


Fig. 3.- Túmulo MA XII. Axonometría con la recreación de la probable estructura de postes, y el registro en planta de los hoyos reconocidos (dibujo de M. A. de Blas, L. Martínez Lorenzo y C. Arca).

### III. APROXIMACIONES A LA CRONOLOGÍA DE LOS TÚMULOS

Bajo un enfoque estrictamente tipológico poco podría asegurarse sobre el tiempo de elevación de arquitecturas como MA V y MA XII. Su propia singularidad y esquematismo estructural reducen las posibilidades del juego comparativo con otros túmulos de aire también ambiguo o de organización poco concreta a los que, por salir del paso, se suelen calificar de atípicos (de Blas 1995 b).

Muy diferente es la identificación de MA XXII, túmulo enmarcable sin la menor inseguridad dentro de las categorías tipológicas convencionales del megalitismo. Dolmen típico que bien pudiera situarse en el tiempo de erección de MA XVI (de Blas, 1995 c); es decir, en un neolítico tardío en el que así mismo maduran dolmenes de cámaras altas y pórtico de acceso (MA XV), encerrando viáticos fúnebres en los que se cuentan las largas láminas de sílex y las puntas foliformes de retoque plano bifacial, etc. La nueva fecha C-14 de MA XV: MA XV(94) 4850±40 BP (GrN-22025), confirma la ya previamente publicada, situando ese episodio en torno a la primera mitad del III milenio a. de C. Es igualmente un tiempo que conviene a MA XVI, megalito simple que muestra en los ajuares asociaciones instrumentales semejantes a las de MA XVI, y cuya naturaleza arquitectónica resulta equiparable a la del túmulo MA XXII que nos ocupa, aunque en este último las ofrendas, si es que de tales se trata, se reduzcan en lo hallado a poco más que un trapecio. Hay, no obstante, una fecha de carbón vegetal, obtenida de la base del túmulo que apunta, en términos convencionales, a un tiempo tardío:

MAXXII 96(A) 4103±43 BP (UtC 7221)

Si se opta por el contenido ergológico de MA V con trapezios y truncaduras oblicuas, siempre con retoques abruptos, láminas pequeñas y raspadores, abogaría por una época tumular temprana. El mismo enfoque para MA XII es inaplicable por la ausencia casi absoluta de los ajuares. No obstante, la excepcionalidad de las maderas de este túmulo, la vinculación expresa de las mismas a la historia de la arquitectura y la comprensible fiabilidad de las muestras obtenidas del tronco y otras astillas, otorgan una gran confianza a las dataciones radiocarbónicas, algo que no es demasiado común en un megalitismo que carece de esqueletos u otros restos seguros en su muestreo.

Son hasta el momento siete las fechas obtenidas para MA XII: cuatro en el *R.J. Van de Graaff laboratorium*, de la Universidad de Utrech, y tres en el *Laboratorio de Geocronología* del CSIC, en Madrid:

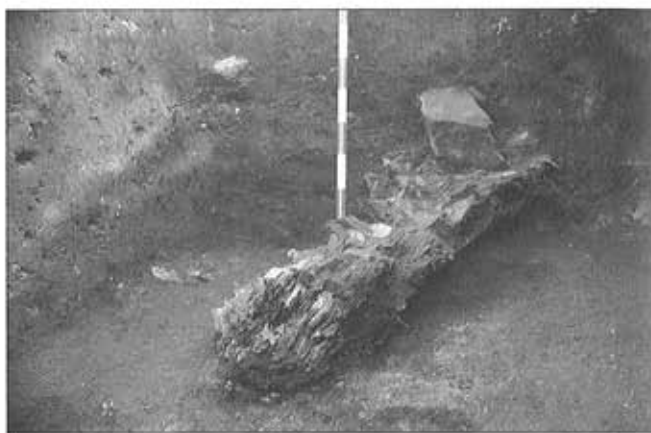


Fig. 4.- Túmulo MA XII. Tronco de roble común (*Quercus robur*), de 1,50 m de largo, en el fondo del túmulo, fechado por el C14 mediante las muestras de su madera: MA XII 97(1 y 2).

Muestra	Labor.	Cronol. BP	2σ (cal.BC.)
MAXII 97(1)	UtC 7217	5368±44 BP	4351-3993
MAXII 97(2)	UtC 7218	5404±41 BP	4361-4009
MAXII 97(3)	UtC 7219	5368±42 BP	4350-3994
MAXII 97(4)	UtC 7220	5284±42 BP	4323-3559
MAXII 97(1)	CSIC-1378	5176±30 BP	4040-3826
MAXII 97(2)	CSIC-1379	5261±31 BP	4220-3987
MAXII 97(3)	CSIC-1380	5133±30 BP	3988-3807

La comparación de las fechas de los dos laboratorios resalta la gran similitud de las estimaciones obtenidas, si bien las del CSIC resultan ligeramente más modernas que las de Utrech. Con esa evidente coherencia el estudio de las combinaciones posibles concretaría, según el Dr. Fernán Alonso del CSIC, tres momentos de intensidad en la vida del túmulo; la suma lineal de las probabilidades establecidas delimita, en síntesis, el lapso entre 4350 y 3800 cal. BC. (señalemos de paso que el promedio cal. BC de las fechas del laboratorio holandés se sitúa en 4325-4045).

Afortunadamente, es también una posición de seguridad la derivada de las fechas de MA V, partiendo de carbones vegetales indisociables de la hoguera vinculada a la clausura o incremento de volumen del túmulo, e inmediatamente anterior a la cascada de piedras o pseudoparamento, y al probable incendio subsiguiente de un supuesto poste de madera u otro material combustible. El resultado en esta ocasión procede del Laboratorio de isótopos de la *Rijksuniversiteit Groningen*, que también hemos calibrado con el programa de Stuiver & Person, 1993:



Fig. 5.—Ma XII. Hoyo nº 1 para poste. Se observa todavía en su interior una astilla de madera de roble, fechada por el C14: muestras MA XII 97(3).

- MAV 95-1 (GrN-22026) 5470±90 BP 4516-4007 cal. BC (2)
- MAV 95-2 (GrN-22027) 5330±50 BP 4342-3974 “ “ “

Insisten igualmente estas fechas, como vemos (promedio del calibrado a 2 sigma: 4380-4005), en la elevada antigüedad del túmulo sin cámara, acaso algo anterior a MA XII.

Llegados a este sumario encuadre de los datos movilizados todo anima a considerar como muy probable el hecho de que la formación del gran ámbito arquitectónico, funerario y simbólico del Monte Arco, y de la región costera de Peñas, se hubiera iniciado a fines del V milenio a. de C. En esa edad prematura de las manifestaciones tumulares no comparten aquellas construcciones con los posteriores megalitos, ya provistos de las características y bien definidas cámaras ortostáticas, más que la imagen externa del montículo en casquete de esfera de factura humana.

En apurada síntesis, las campañas de 1991 a 1997 nos permiten interpretar la historia tumular de Monte Arco a través de tres estadios en un proceso más que milenario:

- a): túmulos MA XII y MA V, ¿premegalíticos?, ya desde fines del V e inicios del IV milenio a. de C.
- b): dólmenes simples y gran túmulo (gran cofre megalítico de MA VI) a lo largo del IV milenio.
- c): dólmenes típicos simples o de cámara elevada y pórtico con túmulos de menor tamaño que en a y b, hacia y, a partir, del 3000 a. de C.

Es aceptable, tras lo expuesto, la duda entre admitir construcciones enigmáticas como MA V y MA XII en una etapa prematura, anterior al megalitismo típico, acaso el tiempo de

tanteo en la búsqueda de fórmulas sepulcrales definitivas (los dolmenes) o, por el contrario, yendo más allá de lecturas evolutivo-lineales, valorar la hipótesis plausible de la realidad de fenómenos arquitectónicos, tumulares, cuya historia hubiera sido colateral con respecto a la más conocida del megalitismo clásico.

#### IV. SOBRE LA NATURALEZA DE LAS NUEVAS FORMAS TUMULARES

Frente a los rasgos convencionales de MA XXII, definidores de un megalito simple clásico, en MA V y MA XII tropezamos con fórmulas de difícil interpretación. Como arquitecturas, empero, construídas a partir de un lógico diseño previo, sus elementos constitutivos aunque ahora se nos ofrezcan como inexpresivos tienen que responder, independiente o simultáneamente, tanto a fines sólo constructivos o como a otros, más inaprensibles, de contenido simbólico, insertos ambos en un medio arqueológico, estrictamente cultural y no accidental.

Aceptando así la posesión de significado en cada elemento disociable veámos, en primer lugar, las posibilidades de aproximación a la naturaleza de MA V. La falta de una cámara o de cualquier estructura interna perceptible sugiere en este túmulo la simple acumulación del sedimento que genera su volumen edificado. Hay, no obstante, un hecho discordante con ese amontonamiento sin aparente trascendencia: la distribución en el mismo de una industria lítica, en la que se hallan geométricos, raspadores y elementos laminares además de una pieza pulimentada, una azuela.

De la dispersión de estos materiales se infiere algún detalle en qué reparar, como su agrupamiento en ciertos sectores: área centro-oeste del túmulo, área inmediata a la hoguera (de allí, por ejemplo, provienen la azulita, dos truncaduras y dos láminas), etc. Tales asociaciones instrumentales parecen excluir la presencia arbitraria de los instrumentos en el túmulo. Su posición, por lo demás, en las zonas profundas y centrales del mismo, se concilia con la dispersión que podríamos esperar de los ajuares acompañantes de unas inhumaciones desaparecidas hace docenas de siglos.

Las distintas bolsas de arenas, pueden responder en MA V tanto a la variedad relativa de su procedencia en la inmediatez a la arquitectura como a fases sucesivas, con una cierta distancia temporal entre sí, de acumulación. Lógicamente, la discriminación sutil entre tales episodios (pensemos en inhumaciones), requeriría análisis sedimentológicos de una precisión tan extrema como improbable. Pese a tantos límites no podemos evitar la imagen de aquellos túmulos más entendibles recubriendo simples fosas de inhumación y

cuya segura finalidad sepulcral, aparte de los ajuares, proviene de la conservación afortunada de las osamentas. Circunstancias arqueológicas como las de la Candamia, cerca de León (Vidal 1990 y de Blas 1995 a) serían incomprendibles si no mediara la presencia de los esqueletos, clarificadores del sentido de algunas hachas pulimentadas y láminas de sílex segregadas de un continente arquitectónico claro.

¿Qué sentido dar al pseudomuro y a la hoguera de su base? El primero cierra toda una fase constructiva. Los rumbos S-SE-E de su ubicación son los mismos que en Aro corresponden a los accesos laterales a las cámaras dolménicas (pórtico en MA XV, aperturas interortostáticas en MA XVI y MA XXII); ese dominio de las orientaciones a levante no parece pues casual; acaso, por el contrario, determine el límite simbólico del espacio central del túmulo; también el cierre o clausura definitiva del mismo. En cuanto a la hoguera, asociada probablemente a la quema simultánea de un poste de madera hincado, no parece ajena al aparato ritual en el que también pudieran haber jugado algún papel los ocrejos encontrados entre sus cenizas. No hubo posibilidad, por otra parte, de hallar indicios sobre la posible combustión de organismos animales (y, obviamente, humanos). Los análisis en tal búsqueda (mediante las técnicas de fusión, disolución ácida y absorción atómica, -siguiendo las experiencias de Bakkevig, Edit y Taboada *et alii*-, llevados a efecto por los profs. Crespo, Llavona y Zapico del *Departamento de ciencia de los materiales e ingeniería metalúrgica*, de la Universidad de Oviedo, concluyeron en la similaridad de las proporciones de fósforo detectadas tanto en la masa cenicienta de la hoguera como en el sedimento tumular cercano.

Incendios y hogueras son acontecimientos ligados a la ritualidad y protocolo sepulcrales de los megalitos; también a las ceremonias de clausura y definitivo abandono de los mismos (Masset 1993). Los fuegos dispuestos en los suelos tumulares son aun más enigmáticos, a pesar de que la relativa repetición de su presencia se viene confirmando en la medida en que aquellos cuentan con análisis meticulosos. También, por elegir un ejemplo notable, en el cuadrante SE del gran túmulo alavés de Aizkomendi había hogares (¡más de cuarenta!). Asociada alguna de esas masas cenicientas a dientes y fragmentos óseos, nos ofrece un singular y sugerente vínculo (el del fuego con el cadáver) que va más lejos, en su interpretación, que las simples "ofrendas de luz y fuego" percibidas por J.M. de Barandiarán (1966: 40). En todo caso, esas asociaciones, de ningún modo accidentales, deben resultar iluminadoras de pesquisas como la que nos ocupa.

No es necesario insistir, en el caso de MA XII, en lo llamativo del registro arqueológico ya referido. Añadamos, no

obstante, que la extensión del cráter de saqueo hubo de resultar muy lesiva para los testimonios lígneos, por ejemplo los originariamente asociados a los pequeños hoyos cónicos o a la breve zanja (acaso el hoyo nº 5). La unión de aquellas cavidades dibuja una superficie cuadrangular, de modo que emplazando en tales huecos los troncos que allí se cimentarían en su época, se proyectaría una estructura aérea que, sin forzar los datos arqueológicos registrados, permitiría la recreación de algo similar a un cobertizo o cabaña.

Los ejemplos de estructuras subtumulares en madera no son hoy extraños a la arqueología del N. ibérico. De madera fue el receptáculo sepulcral en el túmulo vallisoletano de El Miradero (Delibes *et alii*, 1986: 228). También hubo maderos en túmulos de As Pontes, La Coruña (Vaquero, 1998). Algún caso atlántico muestra edículos leñosos protegiendo las tumbas, según el raro ejemplo armoricano de la Croix Saint-Pierre (Briard, 1997:251-252), o también estructuras de madera en complejas construcciones funerarias (Le Roux *et alii* 1989: 26-27), ejemplos que en nada contradicen las hipótesis sobre las cámaras vegetales precediendo a las clásicas de piedra, tanto en el megalitismo irlandés como en otros focos continentales (ApSimon 1997). Pero más allá de cualquier especulación, el *long barrow* de Haddenham, en Cambridge, poseía una indiscutible cámara de tablonos de roble. Sin embargo, lo que reclama nuestra atención es el hecho de que la factura del túmulo fuera precedida por la destrucción de aquella, sufriendo después un fuerte incendio (Sand y Hodder, 1990). Hay así en ese ritual algo que nos recuerda lo observado en el túmulo XII de Monte Aro, donde el tronco conservado y otros leños menores yacían sobre el suelo antiguo, probablemente también quemados y, en parte, desplazados de su posición original. Cabe pues imaginar, siguiendo el razonamiento, un previo desmantelamiento de la estructura de madera antes de que todo fuera sepultado por el montículo artificial. También en MA XII, como en Haddenham (Morgan, 1990), la intensa carbonización de la madera propició su extraordinaria pervivencia.

El incendio de las tumbas es, a su vez, sobradamente conocido, afectando tanto a las que ofrecían estructuras de madera, desde las Islas Británicas a Alemania o a la Cuenca de París, como a otras construidas en piedra, erigiéndose en una prueba clara de la destrucción y fin de un determinado ciclo sepulcral. Entre las primeras bien documentadas, en la ya aludida de Haddenham y en la alemana de Wandersleben, el roble fue la especie utilizada; la misma (muy probablemente *Quercus robur* L. o roble común) que se identificó en MA XII tras el riguroso estudio anatómico vegetal realizado por los profs. T. E. Díaz e I. Gutiérrez del *Departamento de Biología de organismos y sistemas* de la Universidad de Oviedo. Es probable, como simple esbozo de consideracio-



Fig. 6.- Megalito Ma XXII (sector de Les Paxeres). Visto desde el S se observa el hundimiento de la cámara, con la caída y rotura de dos de sus ortostatos. A la izquierda un bloque erguido durante la excavación también estaba desplomado; la lastra cuadrangular restante probablemente fuera el techo del sepulcro.

nes más detalladas, que no sólo la abundancia de los robles en la región, ya con anterioridad al V milenio, y la alta calidad de su madera deban explicar de modo unívoco su empleo en las arquitecturas sepulcrales.

El roble es universalmente asociado a la fuerza, tanto moral como física, y esa imagen a menudo sacralizada de un árbol poderoso hunde sus raíces en épocas muy antiguas, imprecisas, aunque en todo caso preliterarias. Nada repugnaría por ese prestigio transmilenario, recordémos que fue árbol emblemático: el *eje del mundo* de los griegos antiguos y también de los celtas-, la posibilidad de que la elección de su madera para usos sepulcrales se rigiera tanto por factores estrictamente técnicos, como por otros apenas perceptibles, de orden intelectual; acaso religiosos.

Ningún indicio material de MA XII permite, por otro lado, imaginar que su estructura de madera tenga un origen utilitario pretumular, de vestigio de un hábitat normal (el hogar familiar) ulteriormente recubierto por el montículo artificial que da cuerpo a la arquitectura neolítica. Es esa, en cambio, la sugerente reconstrucción de un fenómeno de continuidad desde el uso económico de un espacio, primero y, después, de su definitiva apropiación mediante el poder simbólico de la tumba allí erigida. Aludámos a la trabada sucesión de acontecimientos arqueológicos descritos en el túmulo de la Velilla, Palencia, y en su subsuelo, en el que se conservaban restos elocuentes de un asentamiento neolítico antes de que sobre el mismo se levantara la tumba (Delibes *et alii*, 1997). Es innegable, sin embargo, que sin hechos

semejantes, netamente diacrónicos los palentinos, a los consignados en el túmulo XII de Monte Areo, casos como el de la Velilla vienen a refrendar las interpretaciones que vinculan la casa, la expresión tangible de lo cotidiano, con la cámara mortuoria, remedo formal de aquella. El refrendo de esos postulados encuentra igualmente firmes testimonios en otras regiones occidentales: túmulos de nuevo directamente superpuestos a los vestigios de casas del neolítico rubanense,- otra vez lo funerario sobre lo doméstico-, como ocurre en Balloy, Seine-et-Marne (Chambon y Mordant, 1996).

Es comprensible, en consecuencia, que la percepción de la tumba como el traslado a la esfera funeraria de un elemento clave en la vida social: la *domus*, en la que se sustan-

cian las relaciones de grupo, pero también las de producción y otras diversas, haya sido, con mayor o menor énfasis teórico, considerada en reiteradas ocasiones (y en fecha aun reciente por Hodder: 1994). Nos parece entonces probable que el sentido de lo observado en la poco común disposición estructural de MA XII, ¿es este un ejemplo de la dualidad material y simbólica *cabaña-casa fúnebre?*, guarde relación con fenómenos como los enunciados, remontándose nuestra inusual modalidad tumular, tan sumaria como sugerente, a la precoz fase monumental de fines del V milenio, acaso premegalítica, que considerábamos más atrás.

Oviedo, octubre de 1998.

#### BIBLIOGRAFÍA CITADA

- APSIMON, A. (1997): "Wood Into Stone Origins for the Irish Megalithic-Tombs?" *O Neolítico Atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do coloquio internacional* (A. Rodríguez Casal, ed.). Santiago de Compostela 1997: 129-140.
- BARANDIARÁN, J. M. de (1966): "Exploración de Aizkomendi. Desmonte de la parte meridional". *Estudios de Arqueología Alavesa*. T I. Vitoria: 27-41.
- BLAS CORTINA, M. A. de (1995 a). "Los episodios prehistóricos recientes en el territorio de los astures". *Astures. Pueblos y culturas en las fronteras del imperio romano*. Gijón: 25-39.
- BLAS CORTINA, M. A. de (1995 b): "Destino y tiempo de los túmulos de estructura "atípica": los monumentos A y D de la estación megalítica de la Llaguna de Niévares (Asturias)". *Primeros agricultores y ganaderos en el Cantábrico y Alto Ebro. Karrantza 1993. Cuadernos de sección. Prehistoria y arqueología 6*. Eusko Ikaskuntza. Sociedad de Estudios Vascos: 57-79.
- BLAS CORTINA, M. A. de (1995 c): "Dolmenes del Monte Areo, Carreño. Campañas de 1991 a 1994". *Exc. Arq. en Asturias 1991-1994*: 93-104.
- BRIARD, J. (1997). "Le néolithique ancien de Saint-Just, Ille-et-Villaine, et ses relations avec l'épidaubien du bassin parisien". *O neolítico atlántico e as orixes do megalitismo. Actas do coloquio internacional* (A. Rodríguez Casal, ed.). Santiago de Compostela 1977: 245-255.
- CHAMBON, PH. y MORDANT, D. (1996). "Monumentalisme et sépultures collectives à Balloy (Seine-et-Marne)". *Monumentalisme funéraire et sépultures collectives: Colloque de Cergy-Pontoise*. Juin 1995. Soc. Préh. Française, t. 93, n°3: 396-402.
- DELIBES, G.; ALONSO, M. y GALVÁN R. (1986). "El Miradero: un enterramiento colectivo tardoneolítico de Villanueva de los Caballeros (Valladolid)". *Estudios en Homenaje al Dr. Antonio Beltrán*. Universidad de Zaragoza: 227-236.
- DELIBES, G.; BENET, N.; PÉREZ, R. y ZAPATERO, P. (1997). "De las tumbas dolménicas como referencia territorial, al poblado estable: notas sobre el hábitat y las formas de vida en las comunidades megalíticas de la Submeseta norte". *O Neolítico Atlántico...* Santiago de Compostela: 779-808.
- HODDER, I. (1994). "Architecture and meaning: the example of neolithic houses and tombs". *Architecture and Order. Approaches to Social Space*. M. Parker and C. Richards, eds. Routledge. London and New York: 73-86.
- MASSET, C. (1993): *Les dolmens. Sociétés néolithiques. Pratiques funéraires*. Ed. Errance.
- LE ROUX, CH.T.; LECERF, Y. y GAUTIER, M. (1989). "Les mégalithes de Saint-Just (Ille-et-Villaine) et la fouille des alignements du Moulin do Cojou". *Revue Archéologique de l'Ouest*, 6: 5-29.
- MORGAN, R. (1990). "Tree-ring Studies at Haddenham". *Current Archaeology 118*: 324-343.
- SAND, P. y HODDER, I. (1990). "Haddenham". *Current Archaeology 118*: 339-343.
- VAQUERO, J. (1998): *Les extrêmes distincts. La configuration de l'espace dans les sociétés ayant bâti des tertres funéraires dans le Nord-ouest ibérique*. Tesis doctoral inédita. Panthéon-Sorbonne.
- VIDAL ENCINAS (1990): "La Candamia". *Numantia III. Arqueología en Castilla y León*. Valladolid: 264-265.